Jenny Swan

Escena extra n.º 1 de la Saga Hechizos & Chocolates

(¡Por favor, no la leas antes de terminar el libro 3!)



Cómo se conocen Tom y Mayla



— Desde el punto de vista de él

—¡Alto, en nombre de la ley!

Tom se alejaba corriendo de la comisaría en dirección al bosque.

—¡Ahí está! ¡Lo veo!

Tom se lanzó detrás de un roble, cerró los ojos y se concentró. Pensó un hechizo para crear un pliegue del mundo tan diminuto que la policía no notaría, con toda seguridad, que faltaba un pedazo de espacio detrás del árbol.

—Maldita sea, ¿adónde se ha metido? —Wickert, el policía de peor humor que Tom había conocido jamás, pasó justo por delante de él sin verlo siquiera ni oír su respiración agitada.

—¿Y quién era ese, en realidad? —preguntó el larguirucho, cuyo nombre Tom desconocía. Pero, por cómo corría pegado a los talones de Wickert, debía de ser uno de esos lameculos que cada vez abundaban más en la comisaría. Dieron unos cuantos pasos sin rumbo de aquí para allá sin perder de vista el bosque.

—¡Tom Carlos!

—¿Tom Carlos? ¿El proscrito, el que tiene tan mala fama? ¿Está seguro?

—¿Está usted dudando de mí?

El larguirucho encorvó al instante la espalda hasta que su cabeza quedó casi a la altura de la del abyecto comisario.

—No, no quería decir eso. Solo me pregunto por qué se ha atrevido a acercarse tanto a nuestra comisaría.

—Quiere espiarnos, está claro. La pregunta es: ¿por qué? ¿Hemos detenido a algún proscrito últimamente?

—A Amadeus Kracht, que pertenecía al Círculo del Aire, y a Estelle Mirabeau, antigua bruja de fuego.

Wickert asintió para sí.

—Refuercen la vigilancia sobre esos dos. Puede que Carlos esté planeando sacarlos de la cárcel.

—Desde luego. Lo organizo ahora mismo. —El agente hizo ademán de volver corriendo a la comisaría, pero el comisario lo retuvo por la manga del uniforme.

—Avísales y luego vuelve con Meutel y Belanovic. Vamos a peinar el bosque. Quizá el criminal siga aquí.

«Si tú supieras», pensó Tom, que había podido seguir la conversación sin esfuerzo porque Wickert había estado justo a su lado. Años atrás, tener a un policía tan cerca lo habría hecho romper a sudar frío, pero después de años de fuga se había acostumbrado a esa clase de situaciones. Era una ocasión excelente para escuchar al otro bando. A menudo averiguaba más así que intentando vigilar una comisaría. Los hechizos de protección que envolvían los edificios le impedían entender una sola palabra de lo que se decía dentro; por eso, desde hacía un tiempo, había empezado a hacer ruido para atraer a los agentes al exterior.

De pronto apareció una imagen en su mente: una mujer a la que solo veía desde arriba, de cabello castaño y falda elegante, perseguida por dos cazadores, se abría paso a la fuerza entre arbustos y maleza. Lo atravesó una sensación de miedo que no nacía de él, sino de Karla, su animal espiritual.

Hacía tiempo que no veía a la fiel felina. La mañana anterior le había hecho saber que no se preocupara y luego se había despedido con un maullido. Esas excursiones en solitario eran poco habituales en Karla, pero por supuesto confiaba en su animal espiritual y sabía que tendría sus motivos. La gran pregunta era por qué le enviaba ahora la imagen de aquella mujer.

Karla lo estaba llamando. Tom sentía su desesperación y maldijo a Wickert, que seguía plantado a su lado escrutando el bosque como si intuyera que Tom continuaba cerca. Podía contar con los dedos de una mano las veces que Karla lo había llamado, y siempre había sido por algo extraordinariamente importante. Se le aceleró el pulso. ¿Corría peligro? ¿La habían capturado los cazadores?

Mientras los pensamientos de Tom se atropellaban y su corazón latía inquieto, Wickert escupió en la tierra del bosque.

—Sé que sigues aquí. Puedo oler tu miedo. Tranquilo, ya te atraparé. ¡Pronto te pudrirás en una de nuestras encantadoras prisiones! Y no creas que tendrás ocasión de escapar de la celda antes de morir. —Las comisuras de sus labios se hundieron cuando por fin los tres agentes llegaron trotando desde la comisaría.

—¡Listos, comisario!

—¡Ya era hora! ¡Síganme! —Por fin, los agentes se pusieron en marcha. En cuanto desaparecieron tras los árboles, Tom deshizo el pliegue del mundo y, ágil como un gato, saltó a las ramas del roble. Había recorrido muchas veces las copas de aquel bosque. Conocía el camino, rama a rama, que lo llevaría hasta Karla, que le enviaba sin descanso imágenes de la persecución.

¿Qué tenía de especial aquella mujer? ¿Por qué quería Karla que la ayudara?

Por suerte, Wickert y sus perritos falderos corrían en dirección contraria. Tom apretó el paso y, al cabo de un rato, oyó jadear a la mujer mientras se abría camino por el bosque.

—¡Socorro! —Corría directo hacia él y por fin la vio. Las ramas le azotaban la cara y las espinas se le enganchaban en la falda, pero ella se soltaba y seguía corriendo sin tregua… descalza. Llevaba los zapatos en las manos, salpicados de barro. Saltaba por encima de troncos caídos y no se dejaba detener por nada, pero su ritmo era desesperadamente lento.

Muy cerca, detrás de ella, iban dos cazadores. Tenían la cara llena de arañazos profundos: era evidente que Karla ya había hecho todo lo posible por frenarlos. Los

perseguidores lanzaban gritos de júbilo y sus ojos brillaban con una alegría extática. ¿Qué les pasaba por la cabeza a esos chavales que cazaban brujas y brujos solo porque no llevaban uno de esos estúpidos anillos de sello en el dedo?

Karla apareció, adelantó a la fugitiva e intentó atraerla hacia un escondite seguro, pero los cazadores se acercaban cada vez más.

Maldita sea. No quería intervenir; de hecho, sentía el impulso de dar media vuelta y marcharse. ¿Qué tenía él que ver con todo aquello, y con aquella mujer? Melinda había desaparecido, y quizá esa fuera la ocasión de despedirse del mundo mágico de una vez por todas. Pero ¡no podía quedarse de brazos cruzados mientras una mujer corría peligro!

Llevaba mucho tiempo viviendo apartado del mundo. Nadie sabía del pliegue del mundo en los Pirineos donde llevaba una vida tranquila y apacible. Pero, desde que conoció a Melinda, el recuerdo de ella no dejaba de escarbarle en la conciencia. Por supuesto, no se le podía culpar por lo que había hecho su padre. Aquel brujo brutal había sido capturado y no volvería a estar libre pronto. Pero el peligro seguía ahí, y Melinda había logrado meter a Tom en la lucha contra él y sus seguidores. Naturalmente, la suma sacerdotisa del Círculo del Fuego no sabía que aquel hombre era su padre. No lo sabía nadie. Y él haría todo lo posible para que jamás saliera a la luz.

—¡Socorro! —volvió a gritar la mujer. Los cazadores le dieron alcance y la agarraron por la blusa, y durante una fracción de segundo ella alzó la mirada hacia él, hacia los árboles. Y, al clavar los ojos en su rostro, a Tom se le detuvo un instante el corazón. Aunque ella no podía verlo, había sentido una conexión a través de aquellos ojos castaños y oscuros. De pronto el corazón se le desbocó. Quiso saltar hasta ella, pero la mujer ya se había zafado de sus perseguidores y seguía corriendo. Sin embargo, los cazadores la alcanzaron y la derribaron brutalmente contra el suelo.

¡Menudo desastre! Había querido huir, no tener nada más que ver con todo aquello. Él no era culpable de las injusticias que cometían los seguidores de su padre. Pero el corazón le latía cada vez más deprisa al ver a la desconocida tendida en el suelo. Veía su desesperación. No, no solo la veía: la sentía. ¡Y él no era de los que apartan la mirada ante una injusticia!

Sin pensarlo un instante, se dejó caer de la rama para abalanzarse directamente sobre los cazadores. Los dos se quedaron petrificados al verlo, y él saltó por encima de la mujer hacia ellos. Pensó un hechizo que un momento después siseó desde sus manos y alcanzó a los cazadores antes de que comprendieran que Tom estaba hechizando sin varita. Cayeron al suelo como sacos mojados y allí se quedaron.

Se volvió de inmediato hacia la mujer, la agarró del brazo y la miró. Ella levantó la vista, incrédula, y le sostuvo la mirada. Pero, antes de que pudiera fijarse bien en los rasgos de su cara, él se giró y la puso en pie de un solo movimiento.

—Ven.

—¿Quién eres? —jadeó ella, corriendo tras él. ¿Por qué no lo reconocía? ¿No había visto ya todo el mundo mágico su cara?

Sin responder a su pregunta, tiró de ella. Oyó que los cazadores se estaban levantando y apretó el paso.

—Vamos.

Ella lo seguía a trompicones, pero descalza no podía correr muy deprisa.

—¿Qué clase de bosque es este? Y ¿qué clase de brutos son esos, maldita sea? —jadeó.

¡Qué preguntas más raras hacía! ¿Sería extranjera? Pero no hablaba con acento.

Él guardó silencio y siguió arrastrándola por un bosque cada vez más espeso hasta que llegaron a un grupo de serbales. Se agachó y le indicó por señas que hiciera lo mismo. Pero ella abrió sus preciosos ojos con espanto.

—Aquí nos encontrarán. Tenemos que seguir.

—No, aquí estamos a salvo. Confía en mí. —Se le revolvió el estómago mientras extendía los brazos para crear un pliegue del mundo. Acababa de hacerlo para escapar de la policía, pero le quedaban fuerzas para una vez más. Se concentró y sintió despertar la magia a su alrededor. Su escondite era seguro.

La mujer lo miró con los ojos muy abiertos y de pronto se acercó más a él. ¿Qué pretendía? ¿Echarse en sus brazos? Retiró rápidamente los brazos antes de que ella se hiciera una idea equivocada. ¿Por qué se comportaba de un modo tan extraño?

Ella parpadeó, desconcertada, y lo observó largamente. Un mechón castaño le caía sobre la cara y a Tom lo asaltó el impulso repentino de colocárselo detrás de la oreja. Maldita sea, ¿qué le estaba pasando?

Ella ladeó la cabeza.

—Pero eres humano, ¿verdad?

Él rió por lo bajo. Qué pregunta más extraña. La observó y, mientras oía acercarse a los perseguidores, apenas fue capaz de apartar los ojos de ella. Tal como esperaba, los cazadores pasaron de largo junto al pliegue del mundo. Tom soltó un discreto suspiro de alivio, pero aún no había terminado. Los dos tipos volvieron sobre sus pasos, agitaron las varitas y lanzaron un hechizo de rastreo.

—Pero ¿qué…? —susurró ella.

—¡Maldita sea! Estos dos no son tan tontos como los demás. —Tom cerró los ojos al instante y apretó los puños. Tenía que apantallar aún más el pliegue del mundo para que el hechizo de rastreo no funcionara. Pero el destello avanzaba hacia ellos sin perder fuerza. Y la bruja que tenía delante se estaba poniendo nerviosa. Lo notaba. No confiaba en su hechizo y en cualquier momento echaría a correr, directa a los brazos de los cazadores.

La agarró de la muñeca antes de que pudiera meterse en las narices de los cazadores. Pensó a toda prisa. Solo un hechizo de distracción podía salvarlos. Se concentró, intentó fundirse con la magia que lo rodeaba para reunir aún más energía y, por fin, el destello del hechizo de rastreo se desvió y se alejó volando hacia el interior del bosque.

Aliviado, Tom abrió los ojos y miró a la desconocida. Ella lo observaba con expresión interrogante. ¿Quién era? Por cómo seguía el destello con la mirada, incrédula, cualquiera habría dicho que no era una bruja. Pero entonces no podría haber entrado en aquel pliegue del mundo: habría sido imposible.

—¿Eso lo has hecho tú? ¿Qué está pasando aquí? —preguntó, disparando una pregunta tras otra.

¿Qué quería decir?

—Tienes que saberlo; si no, no podrías estar aquí.

—¿Qué se supone que tengo que saber? ¿Qué? ¿Estoy soñando? ¿Es un juego? ¿Se lo han montado mis compañeros de trabajo? Ya lo sé, ya lo sé, ahora mismo soy una auténtica aguafiestas, pero que te den una paliza dos idiotas así…

¿Por qué se ponía a despotricar? Tom frunció el ceño al oír un crujido. Le puso al instante un dedo sobre los labios y ella calló de inmediato. Luego aguzó el oído. ¿Volvían los cazadores? No, el crujido venía de otra dirección. Pero ¿quién…?

Sonaron voces masculinas y Tom las reconoció de inmediato. Wickert y su equipo. Maldita sea, se había olvidado por completo de ellos. ¿Les habrían avisado los cazadores o simplemente pasaban por allí? ¿Sabían que él estaba allí?

—¿Quiénes…? —susurró la desconocida, volviéndose hacia las voces mientras los cuatro policías se abrían paso ya entre la maleza. ¿De verdad no sabía que podía hablar en voz normal? Él había apantallado el pliegue del mundo y ningún sonido saldría de allí, pero, curiosamente, ella no parecía saberlo. Aunque, bien pensado, las brujas que no procedían de las familias fundadoras sabían poco de la magia de los pliegues del mundo, más allá de los grandes en los que vivían, aislados de los humanos sin magia.

—¿Esos van con los otros dos? —susurró ella.

—No, esos son policías. —Aun así, no andaba tan desencaminada con su pregunta: como proscripta, tenía que mantenerse lejos tanto de los cazadores como de la policía. Aunque quién sabía desde cuándo era una proscripta. No quería abrumarla de golpe. Lo mejor sería llevarla primero con Artus von Donnersberg. Él se ocuparía de ella, se lo explicaría todo y, de momento, allí estaría a salvo de más cazadores.

—¿Policías? —Se le iluminó la cara y se puso en pie de un salto. Metió a toda prisa los pies embarrados en los zapatos, se alisó la falda rasgada y saludó eufórica a los agentes—. ¡Qué maravilla! Pero ¿por qué no nos ven?

—¿Maravilla? ¿Qué haces? —¿Quién era y qué se proponía? Le miró de reojo las manos pequeñas: no había ningún anillo de sello en ellas. ¿Por qué quería meterse directamente en los brazos de la policía si no pertenecía a ningún círculo de brujos? ¿No sabía lo peligroso que era eso?—. ¿Quién eres? ¿No eres una proscripta?

—¿Qué? ¡Yo no soy ninguna proscripta! Yo…

Sin decir una palabra más, él dio media vuelta y echó a correr. Sabía que el pliegue del mundo que los envolvía se desharía y que la policía la vería de inmediato, pero así al menos él podría huir sin que lo descubrieran. Saltó a una rama, trepó hasta las copas y observó lo que ocurría.

Como era de esperar, la policía se dio cuenta enseguida de que la desconocida no llevaba anillo de sello. La mujer reaccionaba a todas las preguntas con desconcierto, y por eso Tom permaneció en su escondite y siguió escuchando. Ella abrió mucho los ojos castaños, incrédula, cuando los agentes la ataron con magia y se la llevaron volando a la comisaría. Era increíble. Tenía que ser una bruja, pero ¿por qué no sabía nada de su propio mundo? ¿Y por qué Karla había querido con tanta urgencia que la ayudara?

Desaparecieron de su vista, pero durante un rato aún pudo oír a la mujer protestar y maldecir mientras los agentes se la llevaban.

Era el momento perfecto para dar la espalda a todo aquel asunto, a la desconocida y a la civilización mágica. Buscó la llave amuleto que siempre llevaba colgada al cuello, bajo la camisa, cerró los ojos y pensó la fórmula que lo llevaría a su

hogar. Los ojos castaños de aquella mujer lo perseguían, pero apartó su imagen y visualizó su cabaña secreta.

Cuando volvió a abrir los ojos, se encontraba en su querido prado, justo delante de su casa apartada. Como su casita de madera se hallaba también en un pliegue oculto, nadie podía llegar hasta ella a menos que él le revelara el escondite.

Nadie salvo Karla.

Su fiel animal espiritual estaba sentada delante mismo de la entrada de la cabaña, mirándolo con reproche.

—La he ayudado, tal y como querías. —Aunque ahora estuviera en las garras de la policía. Pero ¿cómo iba a llevársela consigo si ella negaba ser una proscripta? O estaba confundida por algún golpe en la cabeza, o de verdad le pasaba algo raro.

La gata maulló y le hizo saber que sentía como un deber suyo velar por la desconocida.

—¿Quién es esa mujer por la que te sientes responsable?

Karla le envió una sensación de calor que le nacía del vientre. Tom frunció el ceño, pero entonces lo comprendió.

—¿Llevas dentro a su animal espiritual?

La gata negra maulló, se acercó a él con paso suave y ronroneó frotándose contra sus piernas. Pensativo, se puso en cuclillas a su lado y le acarició el pelaje sedoso.

—¿Qué le pasó a su animal espiritual anterior? ¿Murió? —El mero pensamiento lo llenó de espanto. Pero Karla maulló y le mostró imágenes a las que no supo encontrar sentido. Karla llevaba un tiempo observando a la mujer y le envió por vía telepática algunos de sus primeros intentos de hacer magia.

—¿Quieres decir que los poderes de esta mujer acaban de despertar? Pero ¿cómo es posible?

Karla ronroneó y se le subió al regazo de un salto.

—Quieres que te ayude a cuidar de ella hasta que tu cría pueda hacerlo, ¿lo he entendido bien?

La gata maulló y Tom suspiró. A cualquier otro le habría dicho que no. Después del intento de hoy, tenía pensado dejar por fin de buscar a Melinda y de luchar contra la injusticia junto a Artus y los demás proscriptos.

De pronto recordó aquellos ojos castaños, oscuros como el chocolate amargo. Qué comparación más rara. ¿De dónde le había salido semejante ocurrencia? Pero aquellos ojos no lo dejaban en paz y, por mucho que quisiera hacerle creer a Karla lo contrario, no podía engañar a su animal espiritual. Todavía no le daría la espalda al mundo mágico. Ayudaría a esa bruja, fuera cual fuese el secreto que la envolvía. Y luego, por fin, tendría paz: viviría apartado del resto del mundo en su cabaña, con Karla como única compañía, y olvidaría todo lo que lo había convertido en quien era.

Espero que hayas disfrutado del primer encuentro entre Tom y Mayla contado desde el punto de vista de él. Y tengo una noticia estupenda para ti: la saga aún no ha terminado. Hay dos libros más esperando a que los leas y los quieras.

Aquí tienes el enlace al libro n.º 4 en Amazon:

https://www.amazon.es/dp/B0HJ323S87

Escríbeme cuando quieras para contarme qué te ha parecido la saga Hechizos & Chocolates: jenny@jennyswan.com. Me encanta leer y responder los correos de mis lectoras.

Deseos de bruja y todo lo mejor,

Jenny Swan

